

Me casé con una divorciada. Recuerdo que durante el noviazgo insistía en preguntarme si yo me dormía a cualquier hora.

—A la noche, nomás —yo le contestaba.

—Durante el día ¿nunca?

—Nunca, no. Si no hay nada que hacer me recuesto un rato después del almuerzo.

—Pero fuera de la noche y de la siesta ¿nunca te quedás dormido?

—¿Cómo se te ocurre? —le dije—. Sólo una marmota se duerme así.

—Estás muy equivocado —respondió acaloradamente.

Por más que insistí, no quiso aclarar por qué me replicaba de esa manera. Como dijo no recuerdo qué escritor, amarse no consiste únicamente en besar y acostarse; también en hablar de todo. Por eso llegó el día en que mi mujer me habló de su primer marido:

—Se dormía a voluntad, en cualquier momento. Nunca pude reprocharle nada.

Quizá por estar un poco distraído le pregunté:

—¿Era perfecto?

—Casi te diría: todo lo contrario.

—Entonces ¿por qué no podías reprocharle nada?

—Porque inmediatamente quedaba dormido.

—¿Se hacía el dormido?

—Eso hubiera tenido remedio. Dormía profundamente.

—No sé cómo toleraste...

—Toleraba todo. La primera vez que sucedió, yo no podía creerlo. Dormía

apaciblemente y de vez en cuando roncaba un poco. Lo sacudí hasta despertarlo. Lo increpé: «¿Cómo te dormís cuando te hablo?». Por toda respuesta se durmió de nuevo. Otro día me contó que en sueños le pasaban siempre cosas muy gratas. «¿Nunca soñas cosas desagradables?» le pregunté. «Rara vez, pero entonces me despierto. Me queda siempre ese recurso. Para librarme de los pensamientos desagradables, me sacudo como un perro después del baño».

—Yo no sé cómo lo tolerabas.

—Yo tampoco. Lo toleré hasta el día en que entraron ladrones. Cuando él los oyó, se durmió rápidamente; mientras dormía desvalijaron la casa y me violaron. Furiosa, después le dije que me había cansado y que pediría el divorcio. Antes que terminara de hablar, se había dormido.